

## **Cuentos de Andersen**

### **La abuela**

La abuela es muy vieja, tiene muchísimas arrugas y todo el pelo blanco, pero sus ojos, como dos estrellas, tienen un mirar tan dulce y tan amable... Y además sabe los cuentos más preciosos y tiene un vestido con flores de algo así como seda gruesa que cruje.

La abuela sabe muchas cosas, porque vive desde mucho antes que papá y mamá, y tiene un devocionario con gruesos broches de plata que lee con frecuencia. Entre las páginas hay una rosa que está aplastada y seca; no es tan bonita como las que tiene en el jarrón, pero es a la que sonrío con más dulzura, y a veces se le escapa una lágrima de emoción. Y cuando esa lágrima cae sobre la flor, los colores se hacen más vivos, la rosa se hincha y toda la habitación se llena de aroma, las paredes parecen convertirse en simples cortinajes de niebla, y en derredor se extiende un verde bosque delicioso, donde llega la luz del sol iluminando las hojas.

Ahora veo a la abuela muy joven, es una preciosa muchachita de rizos dorados, de mejillas redondas y llenas de color, linda y guapa, no hay rosa más fresca. A su lado se sienta un hombre muy joven, fuerte y apuesto, que le entrega la rosa, y ella sonrío... ¡Pero si la abuela no sonrío de ese modo! Sí, ha sonreído. Él se ha marchado, y la rosa está en el devocionario ¿y la abuela?..., sí, ahí está otra vez, pero ahora... es una anciana que mira la rosa marchita del libro.

La abuela ha muerto... Se sentó en su mecedora, contó una historia larguísima y preciosa y... - colorín colorado- dijo-. Estoy muy cansada, dejadme dormir un poco.

Se recostó, tomó aliento y se durmió. Cada vez estaba más quieta; su rostro, lleno de paz y felicidad, como si la luz del sol se derramara sobre él. Entonces dijeron que había muerto.

La pusieron en el ataúd negro, envuelta en su blanco sudario. Estaba bellísima sin arrugas y la sonrisa en los labios, su cabello, blanco como la plata...  
¡La buena y dulce abuela!...

Tal como ella misma había pedido, le colocaron el devocionario debajo de la cabeza y la rosa seguía dentro del viejo libro.

Y así enterraron a la abuela.

En la tumba, plantaron un rosal que se llenó de flores, y desde la iglesia, el órgano tocaba los más bellos salmos que había en el libro que descansaba bajo la cabeza de la abuela. Y la luna brillaba. Hay tierra encima del ataúd, hay tierra dentro de él. El devocionario con sus hojas ya no es más que polvo, la rosa con todos sus recuerdos se ha convertido en polvo, pero más arriba florecen nuevas rosas. Uno recuerda a la anciana abuela con sus dulces ojos eternamente jóvenes. Los ojos no mueren nunca, y algún día nuestros ojos podrán verla joven y bella, como la primera vez que besó la fresca rosa...

## El ángel

Cada vez que muere un niño bueno, baja a la tierra un ángel, extiende sus grandes alas blancas y va volando por todos los lugares que el niño había amado, y recoge un montón de flores, pues en el cielo crecen aún más bellas que en la tierra. Aprieta las flores contra su corazón, y a su flor preferida le da un beso, y entonces adquiere voz y puede cantar feliz.

Todo esto lo contaba un ángel mientras se llevaba el niño al cielo, y el niño lo escuchaba como en sueños. Y pasaron por los lugares de la casa donde había jugado el niño, y por jardines con flores preciosas.

-¿Cuáles nos llevaremos para plantar en el cielo? – preguntó el ángel.

Aunque una mano perversa, había quebrado el tronco y todas las ramas de un hermoso rosal que allí se alzaba, y las flores se encontraban mustias.

-¡Pobre árbol! – dijo el niño – cógelo para que pueda florecer allá arriba!

El ángel lo cogió, llevándose algunas flores de adorno, entre las cuales estaban la despreciada caléndula y los pensamientos silvestres.

-¡Ya tenemos flores! –dijo el niño, y el ángel asintió con la cabeza.

Era de noche, todo estaba tranquilo, siguieron volando sobre una de las calles más estrechas de la gran ciudad, donde había grandes montones de paja, ceniza y desperdicios. Había sido día de mudanza. Todo lo que allí había estaba en mal estado.

Y en medio de toda aquella basura el ángel señaló los trozos de una maceta y un montón de tierra que se había salido de ella, y que seguía unida gracias a las raíces de una gran flor de campo, marchita, que no servía para nada y por eso la habían tirado a la calle.

-¡Nos la llevaremos! – dijo el ángel -. Te contaré mientras volamos.

-Allá abajo, en ese callejón, en el sótano, vivía un muchacho pobre y enfermo. Desde muy pequeño había estado siempre postrado en cama. Cuando se encontraba mejor podía, ayudándose de muletas, dar unos pasos por el cuartito, y nada más. Algunos días de verano unos rayos conseguían entrar hasta la entrada del sótano, y entonces el muchachito se sentaba allí y dejaba que los rayos del sol brillaran sobre él: “¡Hoy he salido!”, decía. Sólo conocía el bosque con sus preciosos verdes primaverales porque el hijo del vecino le traía los primeros renuevos de los árboles, y él se los ponía en la cabeza y soñaba que estaba bajo las hayas, con el sol brillando y los pájaros cantando.

Un día de primavera, el muchacho de los vecinos le trajo también unas flores del campo, y entre ellas, por casualidad, había una con raíces, así que la plantaron en una maceta y la pusieron en la ventana, al lado de la cama. La flor había sido plantada con buena mano, echó nuevos brotes y dio flor todos los años. Se convirtió en la planta favorita del muchachito enfermo, su pequeño tesoro en este mundo. La regaba y la cuidaba, y se preocupaba de que le dieran todos los rayos de sol, que se deslizaban por la ventana, y la flor crecía en sus sueños, porque florecía para él, exhalaba su aroma por él y le alegraba la vista.

Hace ya un año que murió; y la flor olvidada en la ventana se ha marchitado, y por eso deben de haberla tirado del alféizar de la ventana a la calle al hacer la mudanza.

Y es esa flor pobre y marchita, es la que hemos puesto en nuestro ramillete, pues esa flor ha proporcionado más alegría que la más magnífica flor del jardín del rey.

-¿Y cómo sabes todo eso? – preguntó el niño.

-¡Lo sé! – dijo el ángel -. Pues ese niño pobre y enfermo que andaba con muletas era yo. ¡Conozco mi flor!

Y el niño abrió mucho los ojos, y miró el alegre y hermoso rostro del ángel, y en ese mismo momento llegaron al lugar donde reinaban la alegría y la felicidad.

Apretó al niño contra su corazón y entonces le nacieron alas, y tuvo voz, y cantó con todos los ángeles que volaban felices, junto a la pobre flor de campo que se había marchitado, que había sido arrojada a la basura, entre los desperdicios de la mudanza de aquella callejuela estrecha y oscura.

### **La pequeña cerillera**

Hacía un frío horrible. Nevaba y empezaba a oscurecer. Era Nochevieja, la última noche del año. En medio de aquel frío y aquella oscuridad iba por la calle un niñita pobre con la cabeza descubierta y los pies descalzos. Había salido de casa en zapatillas, pero no le servían: eran demasiado grandes porque las había usado su madre. La pequeña las perdió al cruzar la calle a toda prisa, los carruajes pasaban a gran velocidad y no consiguió encontrar una de las zapatillas, y la otra se la llevó corriendo un muchacho que decía que la podría usar de cuna cuando tuviera un hijo.

Allá iba entonces la niñita con sus piecitos descalzos, enrojecidos y azules de frío. En el delantal llevaba un montón de cerillas, y en la mano otro manojo. Nadie le había comprado ninguna en todo el día, nadie le había dado ni una miserable moneda de cobre. Estaba hambrienta y helada y parecía asustada, ¡pobrecita! Los copos de nieve caían sobre sus largos cabellos rubios con preciosos rizos en el cuello, pero la niña no pensaba en ello. En las ventanas se veían luces y en la calle había un delicioso olor a ganso asado. Era Nochevieja, y en eso pensaba la niña.

En un rincón, entre dos casas, encogida, se sentó sobre sus piernecitas, pero seguía teniendo cada vez más frío y no se atrevía a volver a casa; no había vendido ni una sola cerilla, no había conseguido ni una sola moneda de cobre, su padre le pegaría, y en casa también hacía frío. Sus manitas estaban muertas de frío. Se atrevió a sacar una cerilla del manojo. ¡Richch! ¡Cómo chisporroteaba al arder! Era una llama caliente y clara, y puso las manos encima de ella. Era una luz extraña. La pequeña imaginó que estaba sentada delante de una gran estufa de hierro con brillantes esferitas y rodillos de latón. ¡Ardía tan magníficamente aquella llamita, calentaba tan bien! Pero la niña estiró las piernas para calentarlas..., y la llama se apagó. Y allí se quedó sentada, con un trocito de cerilla carbonizada en la mano.

Encendió otra, ardió, brilló y el trozo de pared donde se reflejaba la luz se volvió transparente, como un velo. La niña se vio en una habitación con la mesa puesta; en ella había un mantel deslumbrantemente blanco, porcelana fina y un ganso asado, que olía estupendamente, relleno de ciruelas pasas y manzanas. Y sucedió algo aún mejor: el ganso saltó de la bandeja y empezó a *patojear* por el suelo con el cuchillo y el tenedor en la espalda, y se acercó a la pobre niña. Entonces... se apagó la cerilla y no quedaba más que el grueso y frío muro.

Cogió otra. Y se encontró debajo de un precioso árbol de Navidad. Miles de velas lucían en las verdes ramas, y cuadros multicolores como los que adornaban los escaparates de la tienda dirigían sus ojos hacia ella. La pequeña alzó los brazos..., y la cerilla se apagó, las lucecitas de Navidad subieron más y más alto y la niña las vio convertirse en claras estrellas; una de ellas cayó dejando tras de sí una línea de fuego en medio del cielo.

-¡Alguien ha muerto! – dijo la pequeña, porque la anciana abuela, que era la única que se portaba bien con ella, pero que ya había muerto, le había dicho: “Cuando cae una estrella, es que un alma sube al cielo”.

Frotó otra cerilla contra la pared, surgió la luz y en el resplandor apareció su anciana abuela, tan clara, tan luminosa, tan dulce y tan buena.

-¡Abuela! – gritó la pequeña -. ¡Oh, llévame contigo! Cuando se apague la cerilla te irás igual que se fueron la estufa caliente y el maravilloso ganso asado y el precioso árbol de navidad.

Y encendió rápidamente todas las demás cerillas que llevaba en el manojo, porque quería conservar a su abuela. Y las cerillas brillaron esplendorosas, había tanta claridad como en pleno día. La abuela tomó a la niña en sus brazos y echaron a volar llenas de resplandor, llenas de alegría. No hacía frío, el hambre y el miedo habían desaparecido...

Pero en el rincón de las casas apareció por la mañana la niña, con las mejillas rojas y una sonrisa en los labios... Estaba muerta, la última noche del año le había hecho helarse. El primer día del año amaneció sobre el pequeño cadáver que estaba sentado allí con las cerillas en la mano: tenía un manojo casi entero quemado. “Quería calentarse”, dijo alguien. Nadie sabía las cosas bellas que la niña había visto, con qué esplendor había subido con su anciana abuela hacia la alegría del Año Nuevo.

### **El traje nuevo del emperador**

Hace muchos años había un emperador al que le gustaban tanto los trajes nuevos y elegantes, que gastaba todo su dinero en ropa. No le interesaban sus soldados, no le interesaba el teatro ni ir al bosque: solo, tener trajes nuevos. Tenía una levita para cada hora del día; y si de los reyes se suele decir que están en consejo, de él siempre se decía: “El emperador está en el probador”.

La gran ciudad donde vivía era un lugar muy alegre; todos los días llegaban muchos forasteros, y un día llegaron dos embaucadores. Se presentaron como tejedores y dijeron que sabían tejer las telas más preciosas que uno pudiera imaginarse. No solo los colores y los dibujos eran muy hermosos, sino que cortaban trajes con una tela que tenía la propiedad de ser invisible para cualquier persona que no mereciera su cargo o que fuera absolutamente tonta.

“Sería un traje estupendo – pensó el emperador -. Poniéndomelo podría averiguar podría averiguar qué hombres de mi reino no merecen los cargos que ocupan. Podría distinguir a tontos y listos. ¡Tienen que tejer inmediatamente esa tela para mí!”.

Y entregó muchísimo dinero a los dos embaucadores para que comenzaran el trabajo. Así que instalaron un telar y fingieron que trabajaban, aunque en el telar no había nada. Al poco pidieron la seda más fina y el oro más precioso. Se lo metieron en las bolsas y trabajaron en el telar vacío hasta bien entrada la noche.

“Me gustaría saber cuánto han progresado con la tela”, pensó el emperador, pero le dio un vuelco el corazón pensando que si era tonto o no estaba a la altura de su cargo no la vería. En realidad creía no tener nada que temer, pero prefirió enviar a alguien a ver cómo iban las cosas. Toda la gente de la ciudad conocía la extraordinaria propiedad de la tela, y todos estaban ansiosos por ver lo inútil o lo tonto que era su vecino.

“Enviaré al telar a mi anciano y noble ministro – pensó el emperador -. Él podrá ver mejor que nadie cómo es la tela, porque es inteligente y no hay nadie que esté a la altura de su cargo tanto como él”. Así que allá fue el anciano y bondadoso ministro a la sala donde estaban trabajando en el telar vacío. “¡Válgame Dios! – pensó el anciano ministro abriendo los ojos como platos -. ¡Pero si no veo nada!”. Pero no lo dijo.

Los embaucadores le pidieron que hiciera el favor de acercarse más y le preguntaron si no era un dibujo precioso y unos colores hermosísimos. Y señalaban el telar vacío, y el pobre del viejo ministro siguió abriendo los ojos como platos sin poder ver nada, pues nada había.

- “¡Dios mío! – pensó -. ¿Seré tonto? Nunca se me había ocurrido y nadie debe saberlo. ¿Será que no estoy a la altura de mi cargo? No, no puedo decirle a nadie que no he visto la tela”.

- Bueno, decid algo – dijo uno de los tejedores.

- ¡Oh, es preciosa! ¡Maravillosa! – dijo el anciano ministro mirando a través de las gafas -. ¡Qué dibujo, qué colores! ¡Sí, le diré al emperador que me agrada muchísimo!

- Nos alegramos – dijeron los dos tejedores.

Y nombraron los colores y explicaron el extraordinario dibujo. El anciano ministro prestó mucha atención para poder decir lo mismo cuando fuera a ver al emperador, y así lo hizo.

Los embaucadores pidieron más dinero, más seda y oro, diciendo que lo necesitaban para la tela. Se lo guardaron todo en la bolsa, al telar no llegó ni una hebra, y continuaron, como hasta entonces, tejiendo en el telar vacío.

El emperador envió a otro buen funcionario a ver cómo iba el tejido y a preguntar si la tela estaría lista pronto. Pasó igual que con el ministro, miró y miró, pero, como no había nada más que el telar vacío, no pudo ver nada.

-¿No es una tela preciosa? – dijeron los dos embaucadores, señalando y explicando el precioso dibujo inexistente.

“Tonto no soy – pensó el buen hombre -. Debe de ser entonces que no estoy a la altura de mi cargo. ¡Qué raro! Pero no puedo dejar que nadie se dé cuenta”. Así que elogió la tela que no veía y les expresó su alegría por los magníficos colores y el precioso dibujo.

-¡Es maravillosa! – le dijo al emperador.

Toda la gente de la ciudad hablaba de aquella preciosa tela.

Entonces el emperador quiso ver por sí mismo la tela mientras aún estaba en el telar. Con un gran cortejo de hombres elegidos, entre ellos los dos buenos funcionarios que ya habían estado allí, fue a ver a los dos astutos embaucadores, que estaban tejiendo a más no poder, aunque sin hebra ni hilo.

-¿Verdad que es *magnifique*? – dijeron los dos buenos funcionarios -. Vea Vuestra Majestad qué dibujo, qué colores.

Y señalaron el telar vacío, porque creían que los demás sí podía ver la tela.

“¡Anda! – pensó el emperador -. ¡No veo nada! ¡Pero qué extraño! ¿Seré tonto? ¿No estaré a la altura de un emperador? ¡Es lo más terrible que podía pasarme!”.

-¡Oh, qué bonito! – dijo el emperador -. ¡Tenéis mi más sincero aplauso!

Y se inclinó satisfecho para observar el telar vacío; no quería reconocer que no veía nada. Todo el séquito que lo acompañaba miró y remiró y, aunque no pudieron ver más que los otros, le dijeron al emperador:

-Es muy bonita – y le aconsejaron que estrenara un traje ancho con aquella tela nueva y maravillosa en el gran desfile que iba a celebrarse pronto -. ¡Es *magnifique*, estupenda, excelente! – se decían unos a otros, y todos estaban de lo más contentos.

El emperador regaló a cada uno de los embaucadores una cruz de caballero para que se la colgaran del ojal, y el título de barón Tejedor.

La noche de la víspera del desfile, los tejedores se la pasaron levantados y con dieciséis luces encendidas. La gente estaba convencida de que estaban de lo más atareados terminando el traje nuevo del emperador. Ellos fingían coger la tela del telar, la cortaban en el aire con grandes cuchillas, la cosían con agujas sin hilo y al terminar dijeron:

-¡El traje está listo!

El emperador fue allá en persona acompañado de sus principales caballeros; los embaucadores levantaron los brazos como si estuvieran sosteniendo algo, y dijeron:

-Aquí están las calzas, aquí está la casaca, aquí está el manto – y así sucesivamente -. Es tan sutil como una telaraña. Parece que no se lleva nada en el cuerpo, pero esa es precisamente su virtud.

-¡Sí! – dijeron todos los caballeros, aunque no veían nada, pues nada había.

-Tenga Vuestra Majestad Imperial la amabilidad de quitarse la ropa – dijeron los embaucadores -, y le pondremos el traje nuevo delante del espejo grande.

El emperador se quitó toda la ropa, y los embaucadores hicieron como si le fueran poniendo las prendas nuevas que habían cosido; lo cogían por la cintura y hacían como si ataran algo, que eran los faldones, y el emperador daba vueltas y vueltas delante del espejo.

-¡Dios mío, qué bien le sienta! ¡Qué espléndida caída! - decían todos -. ¡Qué dibujo! ¡Qué colores! ¡Es un traje magnífico!

-Ahí fuera está dispuesto ya el palio con que acompañarán a Vuestra Majestad en el desfile – dijo el maestro de ceremonias.

-Ya está listo – dijo el emperador -. ¿Verdad que me sienta estupendamente?

Y volvió a darse la vuelta delante del espejo, porque tenía que fingir que contemplaba su elegancia. Los chambelanes que llevaban los dos faldones tantearon con las manos en el suelo para coger la cola. La sostuvieron en el aire sin atreverse a reconocer que no veían nada.

Y así marchó el emperador en el desfile bajo el sagrado palio, y la gente que llenaba las calles y las ventanas decía:

-¡Dios mío, qué magnífico es el traje del emperador! ¡Qué preciosos faldones tiene la levita! ¡Qué bien le sienta!

Nadie quería reconocer que no veía nada, porque al hacerlo mostrarían que no estaban a la altura de sus cargos o que eran muy tontos. Ninguno de los trajes del emperador había tenido tanto éxito.

-¡Pero si no lleva nada encima! – dijo un niño pequeño.

-¡Dios mío, escuchad a este inocente! – dijo el padre, y unos les susurraron a otros lo que había dicho el niño.

-¡No lleva nada encima, es un niño pequeño el que ha dicho que no lleva encima!

-¡No lleva nada encima! – gritó por fin la gente.

Y el emperador se dio un buen susto, pues estaba convencido de que tenían razón, pero pensó: “Tengo que terminar el desfile”. Y continuó aún más orgulloso, con los chambelanes llevando unos faldones inexistentes.